

Violencias extremas y etnicidad: la ex Yugoslavia*

AMANTINA OSORIO R. **

Resumen

El término violencia extrema se aplica en contextos variados que se caracterizan por la violencia, la furia, el odio, las masacres y la crueldad. Mediante el estudio del conflicto étnico que vivieron las poblaciones de la ex Yugoslavia durante los años noventa, se intenta explicar la negación de la humanidad del otro al que se extermina. Este artículo es una reflexión sobre las distintas manifestaciones de la crueldad y los crímenes de profanación que se observaron durante este conflicto y que alcanzaron la integridad física, psíquica y moral, individual y colectiva de estas poblaciones. El análisis antropológico, más allá de las estadísticas macabras, permite volver a poner los conceptos de crueldad y profanación en el marco de la intencionalidad de los agentes sociales.

Palabras clave: violencia extrema, conflicto étnico, crueldad, crimen de profanación, mujeres, Yugoslavia

Abstract

The term extreme violence is applied by researchers within most variable contexts, most of them characterized by violence, rage, hatred, massacres and cruelty. This work attempts to explain humanity's denial towards these topics through the study of ethnical conflicts in ex-Yugoslavia during the 90's. Thus, the aim of this work is to ponder upon the diverse cruelty and profanation crime expressions observed during the mentioned conflict, which harmed physical, psychic and moral integrity of these peoples in an individual and collective way. The anthropological analysis, beyond macabre statistics, allows reordering the concepts of cruelty and profanation within the frame of intentionality concerning social agents.

Key words: extreme violence, ethnical conflict, cruelty, profanation crime, women, Yugoslavia

Introducción

Comprender la lógica de las violencias extremas y la naturaleza de sus interacciones es un ejercicio difícil por la cantidad de elementos que entran en juego. Si bien, como nos recuerda Todorov (1994), los actos de crueldad y muerte *gratuitas* se conocen desde la Antigüedad; sin embargo, el sentido de este tipo de violencia ha cambiado a partir del siglo XVIII, y más todavía, a medida que el ejercicio de la violencia se masifica y se ideologiza, a todo lo largo del siglo XIX, hasta concretizarse en múltiples masacres y genocidios en el siglo XX (armenios, judíos, tutsis, etcétera).

La temática de la barbarie y la crueldad ha vuelto con fuerza, particularmente para calificar situaciones de violencias masivas y extremas que en muchos casos han devenido en violencias políticas, étnicas y otras, ocasionando

* Artículo recibido el 09/01/06 y aceptado el 11/03/06.

** Antropóloga, asistente de investigación en relaciones étnicas, Centre d'études ethniques des universités montréalaises CEETUM, C.P. 6128 succursale Centre-ville Montréal, Québec, Canadá H3C 3J7. amaoso@gmail.com

la pérdida de innumerables vidas, penurias intolerables a miles y millones de víctimas, violaciones de los derechos humanos y daños materiales.

La guerra en la ex Yugoslavia de la década de los noventa fue el primer conflicto armado sobre el continente europeo después de la Segunda Guerra Mundial.¹ Yugoslavia, caracterizada por ser un país multiétnico y multicultural, vivió un proceso de conflicto étnico y de descomposición política en el que se crearon nuevos países y nuevos estados. Dicho conflicto tuvo como consecuencia el éxodo de poblaciones a causa de las presiones ejercidas por las políticas de asimilación y de limpieza étnica, y por la falta total de derechos para los que se encontraban en situación de minoría. En estos acontecimientos, las responsabilidades de la Comunidad Europea e internacional son enormes.

En el conflicto étnico de la ex Yugoslavia, las atrocidades no provocaron una reacción inmediata de la comunidad internacional, pero pronto se corroboró que la crueldad estaba siendo practicada al extremo. Miles de mujeres y hombres morían asesinados y otros eran reunidos en campos de concentración; las mujeres eran objeto de una violación sistemática por parte de los militares y paramilitares, en especial serbios, como táctica de guerra.

En este artículo analizaremos también algunos conceptos importantes, como los de violencias extremas y conflicto étnico, así como algunas características específicas de la situación que se vivió en la ex Yugoslavia, como son la crueldad y los crímenes de profanación. Profundizaremos en el concepto de crueldad, que añade al concepto de violencia la intención de causar sufrimiento, humillar y destruir al otro.

Estos elementos nos permitirán vislumbrar los nexos y las crisis que se presentan en lo político (relación con el Estado), lo social (con la comunidad) y lo doméstico (con lo familiar e intergeneracional) en todo conflicto étnico. La realidad de la violencia extrema y de la *limpieza étnica* implica tanto la destrucción total de los seres como las destrucciones parciales y los ataques a la integridad física y moral de las personas. Hay igualmente una acumulación de pérdidas materiales y simbólicas, como las de la patria, la tierra, la casa y la cultura. Es al mismo tiempo la pérdida de los víncu-

los creados por las actividades políticas, culturales y religiosas, que constituyen los lazos simbólicos del ser humano.

Violencias extremas

La expresión *violencias extremas* se aplica a situaciones contextuales variadas. Se podrían comparar las escalas y las modalidades de violencia con el fin de establecer lo que parece extremo en casos precisos, pero el riesgo de subjetivismo es evidente.

Sin embargo, este concepto nos lleva a múltiples reflexiones: en el plano de los sucesos, es decir, la descripción minuciosa de su dinámica, su morfología y sus consecuencias inmediatas, habría que interrogarse sobre las circunstancias políticas, económicas y culturales; en el plano cuantitativo, esto es, la destrucción en masa de poblaciones civiles, no directamente implicadas en el conflicto (masacres, atrocidades, represalias, crímenes de guerra, genocidios, etcétera); en el plano cualitativo, el de la sensibilidad o, más precisamente, el de las representaciones, que en parte condicionan la definición de una frontera siempre inestable, entre lo que es admisible, aceptable, de las formas de recurrir a la violencia como medio de expresión política, y lo que no lo es (Gautier, 2002).

No analizaremos aquí cada uno de estos aspectos; en general, los autores que mencionan el adjetivo *extremas* se refieren a “una forma de acción específica, un fenómeno social particular que parece situarse en un más allá de lo concebible y aceptable de la violencia”. Una categoría de crímenes no sólo particularmente graves, sino también diferentes en cuanto a su significado en el campo de las otras prácticas de la violencia (Sémelin, 2002).

La violencia revela la porosidad que existe entre violencias extremas y prácticas de crueldad, cuando la violencia sobrepasa su propio objetivo, la destrucción física del otro, para volverse fuente de disfrute para el verdugo. Sin importar cuál sea el grado de su desmesura, ésta es concebida como “la expresión prototípica de la negación de toda humanidad de los que son las víctimas, siendo frecuentemente ‘animalizadas’ o

¹ Este artículo forma parte de la investigación que efectúo actualmente en el marco de mi tesis de doctorado sobre las relaciones familiares y sociales de las personas originarias de la ex Yugoslavia establecidas en dos regiones de la provincia de Quebec (trabajo de campo realizado durante 2002 y 2003). Las reflexiones que siguen proceden, en particular, del estudio de la literatura realizado con el fin de comprender la situación de conflicto étnico vivido por esta población en su país de origen y en el trabajo de terreno (entrevistas y observación de estas personas) en la sociedad de recepción, así como de la observación etnográfica directa de las ciudades de donde provienen realizada en el verano de 2004: Bosnia (Sarajevo, Mostar), Croacia (Vukovar) y Serbia (Novi Sad).

'cosificadas' antes de ser aniquiladas" (Héritier, 1996). Estas atrocidades están asociadas al acto de violencia y ciertos autores las han llamado prácticas de crueldad.

A propósito de la guerra en la ex Yugoslavia, se utilizó la noción de violencia extrema para "designar lo que no podía ser comprendido solamente en términos de violencia política de guerra, es decir, todas las prácticas de crueldad ejercidas contra civiles, y que parecían sobrepasar el simple objetivo de querer apoderarse de un territorio y de un poder" (Nahoum-Grappe, 1996).

Etnicidad y conflicto

En términos de la antropología histórica se observa una ampliación progresiva de la colectividad dentro de la cual la violencia no se puede ejercer: primero sólo en la familia extensa, luego en la comunidad local y finalmente en la nación. A partir de la generalización de valores universalistas en el siglo XVIII, este grupo abarca en principio a toda la humanidad. Sin embargo, contrario a lo que se creía, la tendencia actual a la mundialización no ha significado una prohibición real de la violencia a esa humanidad, sino que más bien se ha acompañado de un renacimiento de las particularidades, es decir, del resurgimiento de barreras y jerarquías entre categorías definidas por diferentes criterios (religiosos, políticos, étnicos, etcétera). El nacionalismo étnico y el fundamentalismo religioso se reafirman alrededor del mundo justo cuando los estados-nación están en interconexión con la globalización económica y con un sistema internacional cada vez más interdependiente, así como con las identidades locales, regionales y comunitarias.

En la mayoría de las sociedades contemporáneas, la etnicidad constituye una de las mayores formas de diferenciación social y política por una parte, y de desigualdad estructural por la otra. Un grupo puede calificarse de étnico cuando, en conjunto, se diferencia culturalmente de manera permanente de los otros grupos que viven o intervienen en un territorio dado; esta diferencia se manifiesta por el nombre y las características que los distinguen de los otros, ya sea por la lengua, la religión, la raza o la nacionalidad (Hobsbawm, 1993: 52).

Los grupos étnicos se forman y adquieren su identidad como resultado de diferentes procesos históricos. Las identidades étnicas son un fenómeno universal recurrente y constituyen una de las formas básicas de integración social. Preguntarse sobre la identidad étnica es examinar una conciencia común, un sentimiento de pertenencia a una colectividad étnica. La identidad étnica consta de atributos objetivos a los

cuales vienen a ejercitarse conjuntamente creencias y sentimientos subjetivos intensos (sentimientos primordiales, emocionales y profundamente arraigados), lo que contribuye de una determinada manera a *crystalizarlos*, y a veces incluso a crearlos. Eso significa que la simple existencia de atributos compartidos entre los miembros de un grupo étnico identificable no basta para estimular la imaginación étnica común en cualquier momento y en todas las circunstancias. No obstante, en coyunturas definidas, la etnicidad se transforma en una realidad absoluta, exclusiva y movilizadora. Esta nueva conciencia, este cambio de identidad étnica y el proyecto político al que está vinculado son en primer lugar consustanciales a élites ascendentes, a nuevos gestores de la comunidad (Juteau, 1999: 46).

Los grupos étnicos poseen intereses colectivos y compiten entre sí de manera racional y calculada por estos intereses (recursos, poder, prestigio, riqueza, etcétera). Por consiguiente, la etnicidad como variable es el resultado de los intereses racionales de los miembros del grupo; es algo que se puede tomar o dejar por decisión. Lo anterior quiere decir que la mera existencia de atributos compartidos entre los miembros de un grupo étnico identificable no basta para estimular la imaginación étnica común en todo momento y en todas las circunstancias, y mucho menos para desatar conflictos y violencia étnicos (Stavenhagen, 2000: 33).

Los conflictos étnicos constituyen un tipo particular de confrontación que está más relacionada con cuestiones de identidad y valores profundamente arraigados que con asuntos de interés racional. Podemos definir los conflictos étnicos

...como una confrontación social y política prolongada entre contendientes que se definen a sí mismos, y a los demás, a partir de criterios tales como el origen nacional, la religión, la raza, el idioma y otros marcadores de identidad cultural, que se utilizan para distinguir a los contrincentes (Stavenhagen, 2000: 356).

Participan en ellos múltiples capas de la sociedad: individuos, grupos, instituciones y el Estado.

Sin embargo, en definidas circunstancias, la etnicidad se transforma en una realidad absoluta y exclusiva, moviliza y termina por ser invertida en los horrores de la violencia genocida. En ambos lados de la línea divisoria étnica, echar mano del pasado para explicar el presente ha sido parte de la práctica discursiva destinada a dar legitimidad a las ideologías étnicas. En consecuencia, los conflictos étnicos tienden a ser prolongados y a estar vinculados con recuerdos históricos colectivos, y sus reinterpretaciones suelen estar envueltas en una gran cantidad de emociones y pasiones,

cargadas de mitos, temores y amenazas, percibidas y entrelazadas con creencias y aspiraciones profundas.

El discurso étnico refleja una problemática de niveles múltiples; según Stavenhagen (2000: 119):

- a) En más de un caso, el discurso étnico responde a las necesidades de identidad, afectivas y psicológicas, muy arraigadas en una población.
- b) Surge como resultado de la desintegración de una sociedad tradicional en la que, para bien o para mal, los diferentes grupos étnicos tenían una posición establecida y reconocida en un sistema de relaciones recíprocas y relativamente estables.
- c) Además, el discurso étnico se formula para apoyar u oponerse a la ideología nacionalista del Estado moderno y, por consiguiente, se relaciona con los numerosos conceptos distintos, y en ocasiones rivales, de la "nación".
- d) En realidad, las identidades étnicas compiten con la identidad "nacional" por la lealtad y la participación del pueblo.

La tarea prioritaria de un grupo embarcado en un conflicto étnico consiste, pues, en forzar la elección de aquéllos que considera sus miembros en potencia. Este abuso de autoridad tiene, en primer lugar, una manera de *definir la pertenencia al grupo*; en segundo lugar, ejerce una *polarización*. Los miembros del grupo que rechazan esta definición se ven obligados a considerarse como traidores o enemigos de todos los demás grupos. Por lo tanto, se definen completamente con su propio grupo que se les aparece como la única protección. Es, pues, colocar a cada uno ante una opción exclusiva: "Desde el principio de la guerra aprendí a considerarme como católica, ya que fui tratada por los otros como si fuera de una religión o de otra, y en un momento dado para protegerme se me obligó a decir a qué religión pertenecía." (mujer croata de 54 años que vivía en Sarajevo).

En la ex Yugoslavia, lo anterior se tradujo en una serie de medidas. Por una parte, se establecieron territorios étnicamente *puros* y claramente delimitados, en vez de construirlos con vistas a hacer coexistir a los distintos grupos. "Cuando la guerra de las nacionalidades comenzó, cada persona buscó su territorio según la nueva nacionalidad; nosotros somos ortodoxos y nos fuimos para Serbia." (mujer serbia de 42 años que habitaba en Croacia).

La violencia interétnica (motines, masacres, genocidios) por lo general es breve, pero sus implicaciones son de largo alcance. Más que animosidad interpersonal y rechazo mutuo, los conflictos étnicos implican relaciones de poder entre las partes en disputa. El tema del poder se refiere, por un lado, a la posición que los grupos étnicos como tales ocupan en la sociedad más amplia, y por el otro, la clase de control que un liderazgo étnico puede ejercer sobre sus seguidores.

Por otra parte, se forzó a los habitantes a declarar su pertenencia étnica y a poseer sólo una. Por último, se suprimió la posibilidad de elegir una identidad nacional sobre una base que no fuera étnica, la pertenencia yugoslava que el régimen comunista había ofrecido en alternativa a las elecciones étnicas. La estigmatización y las presiones hostiles se ejercen sobre todo contra las parejas mixtas, contra el "mestizaje" (Gossiaux, 2002: 61).

El trabajo de la propaganda construye al enemigo sobre el tejido asociativo. En Serbia, Croacia o Bosnia-Herzegovina, los órganos de prensa fueron uno de los medios utilizados para la violencia intercomunitaria. En efecto, diferentes investigaciones (La Brosse, 1996: 165) pusieron de manifiesto que además de haber preparado psicológicamente el terreno cultivando y halagando los sentimientos nacionalistas antes del comienzo de los combates, los medios de comunicación escritos y audiovisuales se constituyeron en temibles armas de guerra de los que se sirvieron indistintamente los extremistas de todos los bandos cuando comenzaron



las confrontaciones. Las poblaciones civiles serbias son también las víctimas psicológicas de esta guerra puesto que su identidad histórica y nacional fue instrumentada con el fin de que hicieran aquello de lo que ellos se creían víctimas.

La paradoja central de la política étnica hoy día es que los elementos primordiales (lengua, color de piel, barrio, parentesco, etcétera) también se globalizan. La señal más clara de la etnicidad moderna es, quizás, que ella reúne grupos que por el simple hecho de su dispersión espacial y su potencia numérica son más extensos que los grupos étnicos de la antropología tradicional. A medida que los grupos se mueven sobre amplios espacios irregulares creando diásporas, pueden a su vez estar en posición de actuar políticamente tanto en su país de recepción como en su país de origen a partir de los vínculos permanentes de unos con otros, gracias a los métodos sofisticados de comunicación (Appadurai, 1996: 78). No se debe subestimar la implicación de la diáspora croata (en Canadá, Alemania y Australia) en la evolución del régimen de Zagreb hacia posiciones ultranacionalistas, o la participación en la guerra serbocroata de los *soldados de vacaciones* venidos de Munich o de Toronto.

Crueldad

Si la violencia está siempre vinculada a una fractura destructiva, productora de mayor o menor sufrimiento, la crueldad añade una intención de hacer sufrir aún más, y este *más* añade un coeficiente de deshonor, de degradación al dolor de la víctima.

La crueldad se ejerce en un escenario donde conviene demostrar, por el tratamiento, que se le puede hacer sufrir al otro en su carne, que el otro no es un ser humano a la "imagen de Dios", sino un cuerpo animal desprovisto de derechos (Héritier, 1996: 16). No es que las prácticas de crueldad sean nuevas (los recuerdos de los regímenes fascistas alemán, argentino, chileno o indonesio no pueden borrarse), pero parecen cambiar de sentido y alcance, porque no se dirige sólo a un adversario político sino a la gente marcada por su propio origen o género.

Para que la crueldad pueda entrar como medio en el marco de un pensamiento político, dice Nahoum-Grappe (1993: 289), es necesario que sea considerada desde el punto de vista de un razonamiento, de un objetivo: su efecto mínimo es el terror del que se cree amenazado. El terror sustituye al consentimiento, produce una dependencia que liga a las víctimas del terror a su tirano. La crueldad produce una transformación eficaz sobre el cuerpo del enemigo y sobre sus opciones. El cuerpo

humano constituye este espacio sagrado que el crimen de crueldad toca: no es solamente destructible y mortal, sino que es también un objeto privilegiado del crimen de profanación.

Por su parte, el verdugo también necesita una explicación del porqué de su acción (llegar a matar, violar, hacer sufrir a su prójimo). Su construcción obedece a ciertos intereses particulares de idealistas e ideólogos, visionarios y oportunistas, líderes políticos y varios tipos de "intermediarios étnicos" (Martiniello, 2001). Es necesario que estos intereses asuman la respuesta a la pregunta: ¿quién es el enemigo? La propaganda es entonces determinante, y ayuda al verdugo en el trabajo de explicación a sí mismo, del porqué de sus acciones.

El odio político, étnico o de género es pues la fuente energética crucial sin la cual las prácticas de crueldad serían inimaginables. La inferioridad política de la víctima es una condición del gesto cruel. En primer lugar, el odio se trabaja y el despliegue de sus efectos nunca proviene de una pura contingencia, se trata más bien de un resultado. Pero el personaje cruel no existe fuera de la figura que diaboliza o animaliza en el contexto de una acción. El odio y el miedo fabricados por la política ofrecen sus interpretaciones identitarias sobre "quién es el otro".

La incomprensión desempeña un papel terrible en las guerras: los antiguos amigos se disputan repentinamente... un día ya no se hablan. Lo que los separa entonces, es una construcción de oposiciones contextualizadas, es decir, toman sus referencias en el debate colectivo del momento, que es, a su vez, trabajado por la propaganda (Nahoum-Grappe, 1996: 318).

Así, el uso de la crueldad ayuda a hacer entrar, al menos de forma parcial, a las categorías de la propaganda, grandemente falsas, en la realidad histórica.

Para comprender el odio se debe considerar la dimensión emocional y pasional de las conductas individuales y colectivas (Gautier, 2002). Este odio creado por la política, gritado en las manifestaciones colectivas, a menudo se niega en las confianzas individuales. Pero es él quien conduce a las peores conductas de crueldad colectiva. Hoy día, solamente el psicoanálisis ha producido una teoría que da cuenta de sus resultados espantosos, fuera de la explicación trágica de "querer hacer mal" por el odio.

Es una actitud de tipo "psicótica" respecto a otro que debe destruirse, que en realidad no es "otro", porque es percibido por el que va a destruirlo como un "no similar" a sí mismo. En la denegación de la humanidad de este otro "bárbaro" reside la parte psicótica de la relación del verdugo con su futura víctima (Sémelin, 2002).

Puedo hablar de lo que vi. Encontré a una mujer embarazada clavada a un árbol, el vientre abierto y el feto entre las piernas. Es su marido, un oustachi, que la había matado. Para él, se había vuelto carne. En Vukovar, en los hornos, había tortas hechas con ojos y bebés quemados (Dabitch y Prudhomme, 2003: 56).²

Además, Todorov (1994: 135) intenta buscar explicaciones en la propia sociedad, que impone de tales "imperativos categóricos". La explicación de lo que hace posible *el extremo* debe ser política y social y no sólo psicológica o individual.

Son importantes algunas diferencias que Nahoum-Grappe (1996: 297) señala en cuanto a los conceptos de violencia y crueldad:

- 1) El uso de la violencia puede ser justa, inclusive desde el punto de vista de su víctima; la crueldad nunca lo es, ya que es percibida como excesiva y gratuita.
- 2) La violencia social aceptada escoge su objeto en función de una racionalidad mínima y de un código social compartido: el enemigo adulto y armado, amenazando su dispositivo militar. El gesto cruel desborda el marco y escoge no solamente al enemigo adulto sino a toda la familia.
- 3) La violencia puede ser analizada en términos de táctica y política. Ésta es una acción y cambia los datos. Puede ser entonces percibida como inevitable, fecunda y necesaria. La crueldad requiere para ser comprendida y evacuada del análisis, una causa y no una razón, como la rabia del vencedor, su odio ancestral al menos, su frío goce que hace de él un monstruo inhumano.
- 4) El cruel es siempre un tirano, cualquiera que sea su territorio y su nombre. Se coloca necesariamente del buen lado en términos de poder, del más fuerte, mientras que el violento puede ser el dominado desprovisto, que se vuelve cruel contra el más débil que él, su mujer o sus hijos.
- 5) La imagería de la crueldad permite inscribir como víctima a una figura femenina, mientras que el sujeto imaginario de la violencia es más bien un hombre.

Profundicemos ahora en dos características de la crueldad:

- 1) *El gesto cruel escoge no solamente al enemigo adulto, sino a toda la familia.* La crueldad, siempre ejercida por el más fuerte, elige a una víctima debido a su inocencia y a la facilidad de la empresa y el disfrute de la impunidad. Con el fin de destruir la presencia del enemigo, los objetivos son bien precisos: apropiación de las riquezas, control de los territorios, prácticas de demolición o incendio de las casas, de los edificios religiosos y culturales, y desplazamientos forzados de las poblaciones. Esta violencia puede dirigirse inicialmente contra objetivos militares o paramilitares, pero tiende a trasladarse hasta afectar casi de manera exclusiva a los no combatientes, es decir, a la población civil (Sémelin, 2002).

El método de la masacre se adapta especialmente a la estrategia de la destrucción/erradicación. Su objetivo es la eliminación de una colectividad, de un territorio más o menos extenso, controlado o deseado por un poder. Se trata de *limpiar* o *purificar* este espacio de la presencia del otro, juzgado indeseable o peligroso. El concepto de erradicación resulta apropiado en la medida en que su etimología devuelve a la idea de *cortar las raíces*, de desarraigar. El método de la masacre, asociado al saqueo y a la violación, es el medio de acelerar la salida de este otro juzgado indeseable.

En los Balcanes, este movimiento obligado de poblaciones expulsadas de un territorio se llamó *purificación étnica*, en particular para calificar las distintas operaciones de *limpieza* practicadas esencialmente por Serbia y Croacia a principios de la década de 1990:

refugiados vienen por turno, se sientan un momento, dicen trozos de sus historias... los tiros, las casas quemadas, los desaparecidos, las salidas precipitadas, la errancia, la incomprensión, la espera... nos observan, luego vuelven a salir (Dabitch y Prudhomme, 2003: 59).

² En Ruanda, R. Dallaire en su libro *Yo estreché la mano del diablo*, describe situaciones similares: "a una mujer embarazada le abrieron el vientre y le arrancaron su feto". Se ha mutilado abominablemente a las mujeres. Los hombres golpeados en la cabeza morían de inmediato o agonizaban con dolores atroces. Los niños suplicaban para que no los mataran, pero recibían el mismo tratamiento que sus padres. Los órganos genitales eran los objetivos preferidos de los asesinos, y abandonadas las víctimas, se morían de hemorragia. No hubo ni piedad, ni compasión, ni vacilación (2003: 360).



- 2) *Intimidad cultural y social entre el agresor y el agredido.* Lo que facilita una mayor finura de la crueldad y empeora el dolor de la víctima es la proximidad entre enemigos que pertenecen al mismo tejido social o nacional: el conocimiento del otro, sus hábitos, sus espacios sagrados, sus preferencias, que ayudan a la elección del mejor suplicio, lo más preciso para lograr su objetivo. La proximidad emocional supone un conocimiento aún más profundo de este otro, de sus faltas, de sus puntos sensibles:

Este rompimiento del tejido social parece ser una característica aquí, con su comitiva de sorpresas y dolores específicos. Cuando la política separa amigos y familias, prójimos y aliados, y los que sólo se conocían de vista desde generaciones, el intercambio de las miradas se rompe inicialmente: el enemigo de hoy no cruza ya los ojos al amigo de ayer (Nahoum-Grappe, 1993).

Las condiciones para que ocurra una crueldad extrema se presentan, entonces, en un contexto de impunidad y también de proximidad. Impunidad y proxi-

midad que siguen siendo insuficientes para dar cuenta de su irrupción en una realidad sociológica e histórica dada (Levene, 2002). De ahí que, por más individuales y desorganizadas que puedan ser las torturas que los verdugos se inventan, el contexto en el cual actúan está muy bien organizado y de ninguna manera se producen en un vacío sociopolítico.

Esta crueldad es la ritualización de la violencia, vinculada a una cultura de la crueldad atizada por la propaganda y que la muerte física no apacigua. El objetivo de la crueldad no es la muerte de la víctima, sino deshacer su propio nacimiento. El lugar de elección de la crueldad es el vientre de la madre: “Se practicará sistemáticamente la desfiguración, la profanación de los espacios considerados por lo general como sagrados, el de la muerte física o la violación de las mujeres.” (Héritier, 1996). Estas violaciones obligan a pensar en la diferencia de los sexos en la guerra.

Los crímenes de profanación: destruir la identidad cultural colectiva

La violencia extrema se ejerce en función de lo sagrado de cada grupo y eventualmente de lo sagrado individual. Las prácticas de crueldad en su versión más perfecta ofrecen un tipo de crimen específico: el de profanación. La definición del crimen de profanación está vinculada a la cuestión de la definición de los espacios y objetos sagrados para la víctima. Éste supone el allanamiento y el saqueo de lo que es más sagrado a los ojos de la víctima, desde el punto de vista de su cultura (genocidio cultural o etnocidio)³ y dentro de su grupo familiar y comunitario (violación de las mujeres). La violencia apunta a un objetivo exterior a ella, la crueldad apunta al sufrimiento de la víctima, y para llegar con virtuosidad usa el crimen de profanación contra ella (Nahoum-Grappe, 1996: 306).

El genocidio cultural o etnocidio se refiere a políticas de Estado destinadas a destruir la identidad cultural de un grupo mediante varios tipos de medidas coercitivas tales como la conversión religiosa forzada, la destrucción de monumentos y sitios culturales, la expropiación de tierras, la reubicación masiva de poblaciones, la imposición de un nuevo idioma y medidas similares. Es la eliminación de la identidad cultural colectiva y sus valores (Stavenhagen, 2000: 370).

³ El 18 de noviembre de 1991, la ciudad de Vukovar (50 000 habitantes) fue completamente demolida durante tres meses de ocupación por el ejército serbio federal. “Su centro histórico barroco, que era del siglo XVIII, no existe más, ni la biblioteca pública que contenía una colección de 76 000 volúmenes. Se expulsó a sus habitantes no serbios y fueron deportados a la fuerza.” (Blazina, 1996).

En términos de profanación de lo sagrado, de lo no religioso, obligar a una comunidad a asistir a las violaciones públicas de sus mujeres, al saqueo del lugar de su culto en un día festivo religioso, es el peor crimen imaginable para cualquier vida socializada.

En la ex Yugoslavia, según Héritier (1996: 15), las mujeres fueron capturadas, violadas sistemáticamente, embarazadas y llevadas al término de su embarazo sin poder abortar, con el fin de hacerles traer al mundo, como fue dicho en cada campo de concentración, a los niños de otro grupo etnorreligioso. Esto resulta de la idea de la dominación esencial del esperma en la fabricación del niño, y del transporte por el esperma de la identidad completa que debe venir del niño: identidad biológica, étnica e incluso religiosa. Es decir, la violación estaba siendo utilizada como una táctica de guerra (una nueva forma de guerra), que servía para el fin específico de la limpieza étnica: acabar con los musulmanes y repoblar la zona con pequeños bosnios nacidos de la tortura:⁴

Eran todos nuestros vecinos. Me quitaron mi casa, me condujeron a la casa de este vecino que habían matado. Y había cuatro jóvenes muchachas allí, jóvenes esposas, y no hay nada que no nos hayan hecho. Nos pegaron, abusaron de nosotras, nos violaron e hicieron todo lo que querían (Le Nouvel Observateur..., 1993: 443).

La referencia central de la identificación para la etnia es el sistema de parentesco: es en un sistema patriarcal donde la herencia por linaje (nombre, identidad, patrimonio) pasa prioritariamente por los miembros masculinos, como es el caso en la cultura tradicional serbia. Esta posibilidad identificatoria *por las raíces* que se basa en toda una escala de valores entre los seres y las cosas le da lógica a la venganza por la sangre (o por el esperma en la violación, equivalente funcional de la sangre en la transmisión identitaria) sobre varias generaciones. Redistribuye la economía de las culpabilidades: el niño y el anciano que no son enemigos políticos en el marco de una ciudadanía contractual pueden convertirse en enemigos étnicos. El niño o el anciano no escapan al crimen de profanación puesto que ambos son, en los cuerpos mismos, los portadores emblemáticos de una transmisión: uno como promesa de futuro, otro como prueba de un arraigo en el pasado. El vientre redondo de la mujer embarazada, matriz del

futuro linaje, se convierte en un objetivo para el héroe de la purificación étnica (Nahoum-Grappe, 1993: 71).

En este sistema de representación clásico, la violación de la mujer constituye no sólo una agresión moral y física, una depredación de un bien que pertenece a los hombres de su familia, sino también un asesinato identitario específico que cambia definitivamente a la mujer y ataca el espacio de la reproducción de toda su comunidad. Degollar a los hombres y violar a las mujeres son crímenes homólogos que van dirigidos al mismo objeto: el vínculo genealógico de transmisión de la filiación (Nahoum-Grappe, 1997: 170).

La cuestión de la sangre, como la de la violación y la crueldad están en situación de proximidad semántica: la violación es un arma adecuada contra el enemigo femenino (y por consiguiente masculino). La violación de una tumba y la de una mujer son crímenes homólogos en el nivel antropológico, ya que tratan de alcanzar un mismo objetivo en pleno corazón de este espacio de lo sagrado personal:

Los soldados serbios mataron a todos los miembros de mi familia. Los vi matar a mi padre, ellos lo degollaron con un cuchillo, después mataron a mi madre. Me condujeron a una pieza donde había más o menos diez de ellos, y enseguida me violaron durante tres días. Fue terrible. Yo no quiero acordarme de eso. Yo no seré nunca más una mujer normal (Le Nouvel Observateur..., 1993: 444).

Las violaciones fueron practicadas por los que aceptaron colaborar con el poder. Los vecinos, los colegas (que deseaban la casa y la joven), y que pueden realizar estos deseos en este tipo de situaciones, con toda impunidad.⁵ Una frase a menudo oída por parte de mujeres refugiadas relativas a la presencia de los grupos militares y más a menudo paramilitares en sus pueblos es: "podían hacerlo todo...". Este "poder hacer todo" ofrece una definición de la impunidad que tiene el que está en la posición de superioridad en una relación de fuerzas física, militar o política (Nahoum-Grappe, 1996: 308).

La degollación del hombre, hacer correr su sangre para que sea infecundo, y la violación de la mujer, es decir, tomar el lugar del hombre de su familia (padre, marido, hijo) en la matriz de la mujer, equivalen a una misma muerte, moral y genealógica, que en el primer caso implica la muerte física (del hombre) y no en la otra.

⁴ La problemática de la identidad por la sangre es una problemática de pertenencia: ¿el niño de la violación, quién es? Los niños de las relaciones sexuales entre soldados americanos y vietnamitas durante la guerra de Vietnam fueron percibidos como *no siendo nada, polvo de vida* sin identidad. El escritor Ivo Andric (1994) llama *polvo de hombres* a este mundo bastardo de los bosnios, donde se mezclan varias religiones y pueblos.

⁵ Es la descripción de un momento de anomía en sentido literal, privado de normas y leyes.

Dos aspectos pueden distinguirse en el conjunto de estas violaciones: se inscriben en un contexto de crueldad, de torturas practicadas contra las personas que son objeto de la limpieza étnica. Dichas violaciones son torturas sexuales que se ejercen contra un enemigo que la mayoría de las veces es de sexo femenino (aunque en ocasiones también es masculino).⁶ El sufrimiento moral es compartido por todos los miembros de una misma familia o comunidad, cuando unos son forzados a asistir a dichos actos (Nahoum-Grappe, 1996: 313).

La violación entonces está incluida en la profanación, y la purificación étnica consiste en profanar los cementerios del enemigo, practicar torturas sexuales en su contra y demoler sus mezquitas y bibliotecas.

Por un lado, desde la *perspectiva de género*, el prestigio de un grupo de hombres es dañado por la acción violenta y sexual contra sus mujeres (que les conceden un estatus en la sociedad y que además son vistas como de su propiedad), realizada por otro grupo de hombres; por otro lado, en la *perspectiva del parentesco*, se lleva a cabo la acción de *limpieza étnica* al dejar a la mujer encinta de un niño que es hijo de otra etnia, pues el verdadero padre, el biológico, es serbio.

Las diferencias teóricas, jurídicas y filosóficas entre, por una parte, la voluntad de exterminación total de una comunidad (genocidio) y, por otra parte, la purificación étnica, productora de crímenes de profanación (en la que el asesinato de todos no parece necesario), son evidentes. Pero a la vez la mirada antropológica ofrece la posibilidad de pensar que si bien la limpieza étnica elige señales y objetivos que deben destrozarse, saquearse y profanarse –tanto que no parece útil para el veredicto matar sistemáticamente a cada uno de los miembros de la comunidad escogida– en el imaginario del *purificador étnico*, la eficacia del crimen de profanación se da porque, al afectar el cuerpo real del uno, destruye el espacio moral de todos y constituye una tentativa de matar la identidad comunitaria.

Conclusiones

El auge de la etnicidad compensa la decadencia de otros métodos de organización política, como el Estado-nación y la organización de clases y, a su vez, contribuye también a debilitarlas. En la actualidad, existen señales de una tendencia al repliegue sobre la seguridad psicológica que ofrecen las identidades de grupos aparentemente inmutables e innegables, en el momento

en que la economía mundial y los medios de comunicación, junto con la laboriosa difusión de los derechos humanos universales, empujan a la humanidad en el sentido opuesto.

Los casos de violencias extremas, originadas por el Estado o por los civiles, se nutren de una ideología que les confiere una dimensión casi mística. Una de sus características es la deshumanización del enemigo, en la cual el carácter supuestamente amenazador/destructor es sobredimensionado.

En conjunto, estamos frente a un paisaje de atrocidades colectivas extraordinariamente variado. Por una parte, su complejidad misma cuestiona el marco del pensamiento occidental acerca del conflicto violento, como enmarcado en los límites de la guerra declarada y reconocida.

La violación de las mujeres con fines reproductivos en el conflicto en la ex Yugoslavia se presentó como una práctica deliberada y con un propósito muy definido: la erradicación de una etnia y el intento de lograr la llamada limpieza étnica. Es decir, la violación de las mujeres se realizó no como una práctica condenable, pero inevitable, que acompaña a todo conflicto violento, sino que se utilizó con fines militares específicos (como una táctica de guerra: los serbios tenían la orden de violar a las mujeres) y se vivió como una nueva modalidad de guerra. Ésta fue una acción razonada, calculada, y todos sus alcances fueron cuidadosamente planeados.

Las masacres masivas, la limpieza étnica y la crueldad no deben analizarse sólo como una suma de locuras de asesinos individuales. Al contrario, pasan por la fusión de grupos familiares, clanes, grupo de vecinos, muchedumbres y por políticos y líderes que actúan como tales, así también por agencias estatales en las que la organización es más evidente. Para su completa comprensión, es necesario el trabajo de terreno y los enfoques transdisciplinarios. Sólo si se trascienden las fronteras entre diversas disciplinas se pueden construir los marcos interpretativos y desarrollar métodos que ayuden a integrar las diferentes dimensiones individuales y colectivas de las violencias extremas.

El conflicto étnico vivido en la ex Yugoslavia puso en juego intereses económicos, políticos y culturales entre distintas comunidades de historia y de cultura, y mostró de manera ejemplar cómo se modifican y se transforman las marcas elegidas para definir las fronteras étnicas, y por consiguiente los grupos. El éxodo de yugoslavos es la crisis más grave de refugiados en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, y el conflicto étnico más mediatizado.

⁶ Los milicianos serbios habían aplastado con piedras los testículos de un determinado número de niños con el fin de esterilizarlos (Nahoum-Grappe, 1993: 71).

Las rupturas de toda clase generadas por la guerra en Yugoslavia ayudaron a crear nuevos países y nuevas identidades. Identidades nacionales y culturales que están reconstruyéndose en los Balcanes y en los diferentes países donde se establecieron las poblaciones de refugiados. La inmigración plantea el problema de la identidad, que es necesario redefinir e inscribir en nuevas redes sociales y en una nueva cultura institucional y política; los caminos recorridos en tierra de acogida son numerosos. Las poblaciones inmigrantes y los países de recepción enfrentan nuevos retos. Continúan los debates sobre los modelos de integración que conviene favorecer, pero hoy más que antes ésta hace referencia al modelo pluralista e implica a la vez la convergencia sobre algunos aspectos y la retención de algunas especificidades migratorias y culturales. Ya sea que se trate de la dimensión de la identidad o de las relaciones sociales, la integración se inscribe en un proceso relacional entre individuos y colectividades, enmarcado por normas y leyes garantizadas por un Estado de derechos.

Bibliografía

- ANDRIC, I.
1994 *Le pont sur la Drina*, Belfond, París, 406 pp.
- APPADURAI, A.
1996 *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalisation*, University of Minnesota Press, Minneápolis.
- BARTH, F.
1969 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- BLAZINA, V.
1996 "Mémoricide ou la purification culturelle: la guerre contre les bibliothèques de Croatie et de Bosnie-Herzégovine", en *Documentation et bibliothèques*, vol. 42, Développement des collections et Publications officielles, Bibliothèque des lettres et des sciences humaines, Université de Montréal, pp. 149-164.
- DABITCH, C. Y D. PRUDHOMME
2003 *Voyage aux pays des Serbes, Dix ans après, Autrement frontières*, París.
- DALLAIRE, R.
2003 *Yo estreché la mano del diablo*, Planeta.
- GAUTIER, C.
2002 "Algunos problemas de definición de la violencia en la política: el ejemplo de la fanatización", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 174, *Violencias Extremas*, diciembre, pp. 41-51.
- GOSSIAUX, JEAN F.
2002 "La fin des Yougoslaves ou l'ethnicité toujours recommencée", en *Anthropologie et Sociétés*, vol. 26, núm. 1, pp. 53-68 [Université Laval, Quebec].
- HÉRITIER, F.
1996 "Réflexions pour nourrir la réflexion", en *Séminaire de Françoise Héritier, De la violence I*, Éditions Odile Jacob, París.
- HOBBSBAWM, É.
1993 "Qu'est-ce qu'un conflit ethnique?", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 100, diciembre, pp. 51-57 [París].
- HORNE, J.
2002 "Poblaciones civiles y violencias de guerra", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 174, *Violencias Extremas*, diciembre, pp. 63-71.
- JUTEAU, D.
1999 *L'ethnicité et ses frontières*, Les presses de l'Université de Montréal, Montreal, 226 pp.
- LA BROSSE DE R.
1996 "Les voix de la guerre", en *Dernière guerre balkanique? Ex-Yougoslavie: témoignages, analyses, perspectives*, L'Harmattan, Montreal, pp. 165-181.
- LE NOUVEL OBSERVATEUR
Y REPORTEURS SANS FRONTIÈRES
1993 *Le livre noir de l'ex-Yougoslavie. Purification ethnique et crimes de guerre*, Arléa, París.
- LEVENE, M.
2002 "El rostro cambiante de la matanza masiva: masacre, genocidio y postgenocidio", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 174, *Violencias Extremas*, diciembre, pp. 19-31.
- MARTINIELLO, M.
2001 "Réflexions sur la postethnicité et l'Europe", en Gosselin Gabriel y Jean-Pierre Lavaud, *Ethnicité et mobilisations sociales*, L'Harmattan, París.
- MICHAUD, Y.
1989 *Violencia y política*, Sudamericana, Buenos Aires.
- NAHOUM-GRAPPE, V.
1993 "L'épuration ethnique: désastre et stupeur", en Véronique Nahoum-Grappe, *Vukovar, Sarajevo... La guerre en ex-Yougoslavie*, Esprit, París.
1996 "L'usage politique de la cruauté: l'épuration ethnique (ex-Yougoslavie, 1991-1995)", en *Séminaire de Françoise Héritier, De la violence I*, Éditions Odile Jacob, París, pp. 273-323.
1997 "Guerre et différence des sexes: Les viols systématiques (ex-Yougoslavie, 1991-1995)", en Cécile Dauphin y Arlette Farge, *De la violence et des femmes*, Bibliothèque Albin Michel, París, pp. 159-183.
2002 "Antropología de la violencia extrema: el crimen de profanación", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 174, *Violencias Extremas*, diciembre, pp. 141-152.
- SÉMELIN, J.
2002 "De la matanza al proceso genocida", en *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 174, *Violencias Extremas*, diciembre, pp. 7-18.
- STAVENHAGEN, R.
2000 *Conflictos étnicos y Estado nacional*, Siglo XXI Editores, México, 395 pp.
- TAMBIAH, S.
1989 "Ethnic conflict in the world today", en *American Ethnologist*, vol. 16, núm. 2, pp. 335-349.
- TODOROV, T.
1994 *Frente al límite*, Siglo XXI Editores, México.